

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Variaciones sobre el peronismo.

Artola, Sebastián y Prospitti, Agustín (UNR / CONICET).

Cita:

Artola, Sebastián y Prospitti, Agustín (UNR / CONICET). (2007). *Variaciones sobre el peronismo. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/511>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Título: “**Variaciones sobre el peronismo**”.

Mesa Temática Abierta: **59**

El peronismo clásico (1945-1955) y la historiografía: nuevas fuentes, viejos debates; viejas fuentes, nuevos debates

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Ciencia Política y RRII.

Autores:

Lic. **Artola, Sebastián**. Adscripto, Becario Conicet. Dir. 3 de Febrero 1193 – 1B. Rosario. Tel. 0341-4493154. sebartola@yahoo.com.ar.

Lic. **Prospitti, Agustín**. Adscripto, Becario Conicet. Dir. Virasoro 1031 - 3 Piso. Rosario. Tel. 0341-4812424. agustinprospitti@yahoo.com.ar.

-I-

A modo de presentación

Las reflexiones desplegadas sobre el “fenómeno peronista” agitaron (y agitan) las pasiones públicas y la vida de las academias. *Hecho maldito* de la política definieron por ahí, agregamos, también de los sociólogos, de los historiadores, de los estudiosos e investigadores en general.

Desde los diversos puntos del arco ideológico, el peronismo fue pensado a través de numerosos estudios, en distintos momentos históricos, a través de disímiles estilos de trabajos, más empíricos, historiográficos o ensayísticos, nacidos en las academias o en sus orillas; conformando todos un debate que se renueva y actualiza por la persistencia misma del *hecho* en la vida política nacional. A más de seis décadas de su nacimiento, el peronismo sigue siendo el nombre más importante (*inquietante* para muchos) de la política argentina.

Este dato, claro, no es menor. Ahora bien, predomina en estos estudios la “resistencia” a aceptar el *status* político del peronismo. Guste o no, es parte importante,

sino la más, de la política argentina. Negar este *hecho*, creemos, frena más de lo que habilita a profundizar en su complejidad y, por ende, a su comprensión.

Aclaremos, partimos de considerar al peronismo como un modo político particular de construcción de la voluntad popular. En este sentido nuestro trabajo lo planteamos en dos momentos: primero, a través de un repaso, revisión crítica, o simplemente pasando en limpio lo que consideramos las principales categorías alrededor de las cuales giró el debate respecto al peronismo. Considerando todos los trabajos, más allá de acuerdos o desacuerdos, aportes que estimulan nuestro intento de una nueva reflexión que sume a transitar otros horizontes teóricos.

Segundo, *ensayamos* posibles relaciones entre algunas de las nociones repasadas y nuevas definiciones. Indagando sobre otras dimensiones de la reflexión política que nos permitan nuevas miradas, como aportes para una nueva propuesta de entrada al *hecho esquivo* de la política argentina. Acá, por supuesto, reconocemos nuestra deuda y el empuje de trabajos como los de Ernesto Laclau con *La razón populista*, Eduardo Rinesi con su *Política y Tragedia* y el más lejano pero siempre presente Roberto Carri y su *Isidro Velázquez*.

-II-

Las interpretaciones del peronismo dan su puntapié inicial a partir del “hecho consumado” de la ligazón afectiva e identidad política del pueblo con Perón. Explicar sus causas y significados habilitó un parte-aguas epistemológico, que arrojaría diversas posturas en debate, sobre el singular curso adoptado por la historia contemporánea argentina. ¿Por qué las masas apoyaron a un militar y no a sus “partidos de clase”? ¿Por qué aún desalojado del poder el líder del movimiento, el pueblo siguió identificado con el mismo? En términos generales esta compulsión por explicar el sino peronista -en particular- y el populismo -en general- ha pivotado en torno a un conjunto de antinomias que sintetizan el crisol de categorías propuestas. Trataremos de resumirlas en cuatro, a saber:

Autonomía/Heteronomía

Las postulaciones teóricas que abordaron el análisis del peronismo desde un enfoque sociológico clásico -emparentado con el estructural funcionalismo- centraron sus reflexiones sobre el desarrollo de sociedades atrasadas en concepciones tipológicas ideales “Rural/Urbano”, “Tradicionalismo/Modernidad”, “Autoritarismo/Democracia”, entre otras. Establecieron una filiación estrecha a la clásica contraposición sarmientina “Civilización y Barbarie”, de fuerte raigambre en las concepciones historiográficas liberales, negadoras del sujeto histórico autóctono. Exponente principal de estas ideas, Gino Germani orientó su estudio sobre el proceso de transformaciones sociales de la argentina de los años '40, en función de una mirada comparativa entre el curso de incorporación proletaria a la vida política en los países capitalistas desarrollados, en comparación con la experiencia de las sociedades latinoamericanas. A la luz del *ordenado* modelo de “movilización” e “integración” de la clase trabajadora a las

democracias occidentales modernas, deduce un fenómeno contrario en nuestros países (*Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, p.201).

Bajo esta certidumbre desplegó un complejo andamiaje conceptual para dar cuenta de los desajustes provocados entre la pertenencia política de la clase obrera y sus intereses históricos, en la etapa transicional hacia una sociedad industrial. Los cambios en la composición demográfica, el traslado de población rural hacia las urbes y su incorporación al mundo laboral como obreros sin experiencia sindical o política, sentarían las condiciones para un aprovechamiento manipulativo de estas “masas disponibles”. He aquí la llamada *heteronomía*, que caracteriza a los migrantes internos - otrora campesinos- devenidos aceleradamente en “cabecitas negras”, propensos a una desviación autoritaria por sus valores tradicionales y por ende subsumidos al liderazgo caudillesco y demagógico de Perón.

Germani no será el único que utilizará el cristal de la experiencia histórica europea para otorgar sentido a los cambios provocados por la modernización en las formaciones sociales latinoamericanas. Torcuato Di Tella es uno de los continuadores de esta línea argumental. Aunque con menor lastre de negatividad sobre el populismo, visualiza la inclusión de las masas en la arena política desde la asincronía que produce la “revolución de las expectativas crecientes”, canalizadas por un movimiento político que no es producto de la *capacidad organizativa autónoma* de las clases populares (Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, p.175).

Por su parte, desde otra perspectiva Murmis y Portantiero en *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (1971) realizaron una consideración diferente del papel jugado por los viejos dirigentes sindicales en el contexto originario del peronismo. Para ellos la adhesión proletaria a dicho movimiento estuvo mediatizada por las disposiciones sindicales *propias* de la clase obrera, en su larga lucha por reivindicaciones históricas constitutivas de su propuesta programática, a través de la cual organizaron su apoyo a Perón por los beneficios inmediatos que ello implicaba. Eso sí, no se privan de virar sus conclusiones cuando el análisis es llevado a los años de gobierno peronista, en los cuales la “vieja guardia sindical” perdería su *autonomía* organizativa en pos del control establecido por el Estado sobre los sindicatos.

Racionalidad/Irracionalidad

La propuesta ideológica de los teóricos de la izquierda argentina (como por ejemplo Milcíades Peña) corre por el mismo andarivel de las lecturas dualistas del desarrollo *a lo Germani*. Se destacan en sus textos la falta de experiencia sindical y política de los migrantes internos *de* Perón. Su inorgánica situación los empuja afectiva e irracionalmente al amparo del líder, a la adscripción de una estrategia política contraria a sus intereses históricos de clase.

Si para Germani la *irracionalidad* del acto emprendido por los trabajadores nuevos al acercarse al “demagogo” radica en una problemática cultural o falta de educación democrática, las visiones próximas al marxismo atribuyen el hecho a la inexistencia de una conciencia política clasista. El dilema de la heteronomía se desvela al trasluz de la carencia de *racionalidad* en el accionar de las masas, por falta de preparación para ejercer “la democracia y la libertad” (*Op. cit.* p.353), en un caso; por falta de una ideología, organización y programa explícito, en el otro.

En ambos casos la participación de los sectores populares en la *cuestión política* se desarrolla bajo el efecto de la espontaneidad e inmediatez del *acto irracional*. Ya sabemos cual es el motivo principal para la sociología académica clásica, veamos ahora la otra corriente mencionada. Las visiones provenientes del ámbito de las izquierdas vinculan estos factores al estadio anterior, o antesala, de la madurez de las relaciones capitalistas. Para Milcíades Peña en *Masas, Caudillos y Elites* la precoz vinculación obrera a la vida urbana les impidió alcanzar en el '45 una “conciencia de sí”, por lo cual -en tanto que masas manipulables- eran propensas a ser seducidas por beneficios concretos y arrastradas a un proyecto burgués, distante de sus objetivos históricos. Es aquí cuando aparece en la figura de *un* (Perón) *bonaparte* que, producto de la bonanza económica de los primeros años de la década del '40, garantiza a la burguesía nacional su acumulación al tiempo que atiende necesidades materiales de las masas. Se enfatiza de este modo al peronismo como un producto superestructural de los cambios en la estructura económica de la argentina. No es otra la fuente de inspiración de la que parecen servirse Murmis y Portantiero, aunque para fundar su (re)visión sobre la estrategia reformista conscientemente adoptada por la vanguardia sindical de viejo cuño.

Existe un predominio en las versiones revistadas hasta aquí, donde los principios ideológicos que movilizaron a la clase obrera hacia el peronismo se hallan subsumidos, retaceados o menoscabados en función del análisis de los cambios macro estructurales.

Es que las nociones de base de estos enfoques indudablemente presuponen en sus consideraciones la presencia de factores tradicionales o prepolíticos que determinarían la debilidad o inexistencia de una conciencia de clase, es decir, de un programa acabado o teoría revolucionaria.

Modernidad/Tradicionalismo

Como vimos anteriormente un punto de encuentro entre las divergentes tradiciones de análisis sobre el peronismo es el proceso de industrialización y urbanización que había colocado como masas disponibles a las clases populares, o por lo menos a un sector de ellas. Las condiciones bajo las cuales devino este proceso de *modernización* fueron parámetros explicativos para dar cuenta de la acción política de las clases subalternas.

Para los sociólogos de la “vieja escuela” la aceleración y superposición de etapas en la línea evolutiva de la transición hacia una sociedad democrática e industrializada - junto a un contexto internacional de ascenso de ideas totalitarias- dio lugar a una “forma peculiar de intervención en la vida política nacional de los estratos tradicionales en curso de rápida movilización en los países de industrialización tardía” (*Germani, Op. Cit. p.209*). Esa forma particular, *aluvional*, de incorporación masiva al terreno político se caracterizó por el predominio de “antiguas pautas culturales de tipo autoritario” propias del *tradicionalismo preindustrial*, manifestadas por fuera de los “canales institucionales” de mediación propios de una *democracia moderna*, es decir, partidos, sindicatos, etc. Nuevamente aparece aquí la figura del liderazgo como catalizadora de las expectativas crecientes de una importante franja poblacional, a quienes ofrece una ilusoria sensación de participación en las decisiones trascendentales de la vida nacional.

No distan de estas proposiciones los ejercicios analíticos de la intelectualidad de izquierda cuando tamizan al peronismo por el filtro de los anales de la revolución moderna, diferenciando los movimientos primitivos de aquellos típicos de la era capitalista (los propiamente revolucionarios). Los primeros, carentes de estructuras de organización de sus demandas, manifiestan su disconformidad en base a conductas precapitalistas, es decir, en base a métodos de protesta tradicionales o prepolíticos. Los cuestionamientos al orden social capitalista son propios de una clase obrera industrial

constituida, con una conciencia plena de sí que delimita programáticamente la consecución de sus objetivos históricos de clase.

Siguiendo este esquema, el incipiente desarrollo industrial de nuestro país a partir de una mano de obra de reciente ingreso mayoritario al ámbito fabril, conduce a caracterizar a los nuevos proletarios como manipulables por su *inconsciencia* política. Es decir, que son incapaces de pensar(se) dialécticamente, por lo cual el elemento dinámico -la ideología- les es impropio y solo les restaría así aguardar su recepción a partir de la maduración de las contradicciones capitalistas locales. Y si esta carencia en los obreros argentinos del '45 -de una visión preclara de sí- nos induce a pensar que su movilización hacia el espacio público se produce en un estadio tradicional, de la (pre)conciencia, necesariamente concluiremos en el comienzo: la heteronomía de las masas peronistas.

Política/Prepolítica

Llegados a este punto se nos plantea la necesidad de dar cuenta de las hipótesis construidas sobre las causas de adhesión de la clase trabajadora al peronismo, en base a un cuerpo de conceptos que recorren transversalmente las elaboraciones hasta aquí mencionadas.

La línea de pensamiento propuesta por Germani considera que la movilización e integración de los nuevos obreros -campesinos migrantes- a la vida política del país es un fenómeno disfuncional de la transición, producto del cual se vieron expuestos a la falsedad y el engaño de la retórica de Perón, por su inmadurez y falta de educación para los desafíos que implica su participación en un sistema democrático.

Desde el pensamiento marxista aflora también el problema de la atracción del liderazgo carismático, en la ya mencionada teoría del bonapartismo, a partir de la cual se establece la inmediatez de la praxis de aquellos obreros provenientes del interior que se incorporaron en oleada al peronismo. Su inexperiencia sindical y política producto del reciente desarrollo de las fuerzas productivas constituyó el vértice de su teoría sobre el populismo. Es decir, que el estado de las relaciones de producción de la estructura económica determina el grado de conciencia obrera, o lo que es lo mismo, su verdad.

A las reflexiones de M. Peña se suma desde su artículo *Sindicatos 1968: los límites del reformismo* Ismael Viñas, en su definición del proceso histórico iniciado en

1945 como “nacionalismo burgués”. Un crecimiento meramente numérico de obreros y una coyuntura económica propicia para el reformismo burgués no tendría otro destino que la sumisión de los intereses reales de la clase obrera bajo ese programa, por inexistencia de una “vanguardia revolucionaria socialista”. Por esta misma vía transitó la izquierda nacional, aunque con una valoración positiva del movimiento nacional, al caracterizar con un cierto tinte evolucionista la experiencia peronista como “etapa democrático-nacional burguesa”. Es decir que, según los planteos hechos por Jorge Abelardo Ramos en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, en el trayecto hacia la revolución esta “etapa nacional” a cargo de la burguesía es progresiva en tanto que promueve la industrialización y abre el camino hacia la fase social a cargo del proletariado. Todos estos enfoques hacen hincapié en la determinación del peronismo como una fase preliminar o predecesora de la revolucionaria. Es en el arribo a esta última etapa donde el proletariado, en franco enfrentamiento con la burguesía capitalista, descubre su verdad y alcanza así plena conciencia de sus intereses de clase.

Hasta aquí presentamos los confines de un debate que agitó por largo tiempo las pasiones populares y la atención de las academias. En adelante trataremos de replantearnos estas proposiciones, no sin arriesgar, la más de las veces ensayando, partiendo de considerar nuevas posibles relaciones entre algunas de las nociones repasadas e indagando sobre otras dimensiones de la reflexión política que nos habiliten a nuevas miradas y perspectivas.

Política (o la *pre política* como la “real” política)

En buena parte de la literatura referida al populismo subyace un particular concepto de política. *Un* concepto de política (que, por supuesto, no es el único) sobre el que nos parece importante detenernos para desde ahí pensar otras posibilidades que nos permitan fugar hacia nuevos horizontes teóricos.

Un primer aspecto de esta noción es la división entre lo que se considera “pre político” y lo “político” como tal. De modo que habría un estadio previo al de *la política* caracterizado por una serie de “insuficientes” congénitas: inmediatez, inconsciencia, sentimentalismo, inorganicidad, confusión, mezcla, desborde, desvío... que no se corresponden con los “modelos históricos” que nos hablan sobre las *formas* de la política moderna: conciencias sociales *puras*, ya sean burguesas o proletarias; virtudes republicanas y conductas democráticas de quienes, más allá del signo ideológico, optan por la política institucional; ascetismo y disciplinamiento de los “profesionales de la revolución”, son los rasgos que definen el ámbito de la política moderna. Todo lo otro no sería más que resabios de una “pre política”, criolla, caudillesca, feudal, más propia de las relaciones sociales del siglo XIX, que de las modalidades *propriamente* políticas del siglo XX. Suena raro ¿no?, esta estrecha relación entre *política* y *modernidad*. Si seguimos la secuencia lógica de tal argumentación una posibilidad sería desembocar en una idea *poco* política sobre el carácter no político de las relaciones sociales previas a la modernidad, o sea, ¡la política habría nacido con la modernidad!. Acá ya entramos en un terreno sumamente disparatado que nos recuerda aquella afirmación (no por ello soslayamos la estatura filosófica de quien la esgrimió) sobre la “ausencia” de historia en América.

De este modo una “política socialdemócrata o reformista” se realizaría a través de un partido de postulados ideológicos socialistas que participa de la democracia y el juego institucional, como alecciona la socialdemocracia alemana. O una política revolucionaria se haría a través de una vanguardia de intelectuales que elaboran la política de un partido que actúa como la herramienta de las masas en el proceso de

subversión del orden establecido, como dicen los manuales sobre la revolución rusa. Y así podemos seguir con diferentes ejemplos de modalidades modernas de la política.

Pero detengámonos en lo que nos interesa: el concepto de política. “Política” es así la *prolija* distribución en el *teatro-formación social* de los diferentes *actores-clases* con sus correspondientes “intereses históricos”, en correspondencia con sus “pertenencias políticas” y éstas, a su vez, en correspondencia con sus “posicionamientos ideológicos”. Es decir, la política como el ámbito delimitable de la *conciencia para sí*. Todo lo otro es “*pre*”. La política como el momento de la racionalidad, de la conciencia y, de ahí, a la famosa autonomía.

Primera observación: ¿es posible una delimitación tan tajante del mundo de lo *político* de lo *no político*? Y si es posible, ¿el peronismo, o para decirlo conceptualmente, el populismo, que es *pre político*, pero que hace más de seis décadas que tiene en jaque a la *política* argentina, qué significa?. La modernidad argentina fue protagonizada por un movimiento pre político. ¿Entonces? ¿Cómo pensar que la modernización económica y social de nuestro país fuera realizada por un movimiento político y cultural “tradicional”, y en su reverso, que la renovación y “modernización cultural” haya sido posibilitado por los sectores políticos y sociales más retrógrados de la política argentina?

El presente político latinoamericano está marcado por los llamados *nuevos populismos*, algunos de los cuales gustan definirse como *socialismo del siglo XXI*. ¿Qué significa todo esto? ¿Es lo *pre político* más fuerte que lo *político*? ¿Por qué? ¿Qué tiene? Debemos, entonces, interrogarnos por las particularidades que asume ese llamado mundo *pre político* para descubrir allí las claves de su persistencia incómoda para lo *político*.

Y ahora, nos toca el momento de empezar a arriesgar. O sea, el peronismo, populismo o lo pre político, sería, en realidad, un modo particular de lo político, según Laclau, “un modo de construir lo político” (*La razón populista*, p. 11). Decimos, un modo singular de lo político (que aclaramos, usamos indistintamente a “política”) (no el único, reiteramos, “singular”) entreverado a lo social y también, agregamos, a lo cultural (sobre lo que nos vamos a referir en el apartado siguiente). Y acá, una especie de premisa ontológica, de donde fundamos nuestra idea de la política. La política no es prolijidad, racionalidad, conciencia a secas, división taxativa de lo público y lo privado, todo lo contrario. La política es, para nosotros, complejidad, ambigüedad, paradoja, tensión, contrariedad, entre todo lo que la política *es, quiere ser y no puede*, pero que

tampoco puede dejar de aspirar a serlo. ¿O acaso la vida misma de las sociedades no son así? La política es una especie de trampa que *afirma lo que niega* y a la vez *niega lo que afirma*. La ambigüedad de una palabra, política, que refiere a una acción (subjetiva) y, a la vez, al resultado (objetivo) de esa acción. La encerrona, el juego basculante, entre prácticas instituyentes e instituidas. En fin: la política como *tragedia*. Que nunca termina de constituirse como tal pero ese “significante vacío” que construye es el máximo grado de una totalidad trunca cuya búsqueda siempre frustrada al final revela toda la dimensión ambivalente, paradójica –si, ya lo dijimos- pero también transformadora de la política.

O sea, una nueva conclusión: si la *pre política*, entonces, con su *indeterminación, desborde, exceso y desvío*, según lo que venimos diciendo es para nosotros la política, el peronismo, con su mezcla de “modernismo” y “tradicionalismo”, de Clausewitz con Mao Tse Tung, de “Nación en armas” con *socialismo nacional*, no será un “fenómeno” de transición, pasajero, incompleto, inmediato, “pre”, sino todo lo contrario, es decir, será *política*, pero no sólo eso, sino también, agregamos, el punto más alto de la política argentina. Para utilizar la figura de Emilio De Ípola (*Metáforas de la política*, 2001), *el peronismo es la metáfora misma de la política argentina*. Es el momento más *pleno* (con la necesaria relatividad laclauiana del término “pleno”) que la historia política argentina haya parido. Ya que en su interior contiene, como ningún otro lugar de la política nacional, la tensión constitutiva de la política. A saber: (para seguir con los nombres que usa De Ipola) el *orden* y la *revolución*. La metáfora sistémica y la metáfora rupturista de la política. Como momentos inseparables, inescindibles, del mundo político.

Por traer el ejemplo más cercano (de los muchos que podemos arriesgar): del peronismo salió Menem, el hombre y nombre de la política conservadora y neoliberal de lo '90, si se quiere el “antiperonismo *peronista*”; y salió Kirchner, el político de la argentina post diciembre del 2001, la reformulación de las políticas de mercado, el neo desarrollismo nacional, la *vuelta* de la política. Obviamente, como dijimos, la política es gris, mezcla. ¿O acaso Kirchner, el “anti década de los ‘90”, no fue también parte de esos años? Como también Menem, allá por los años '70, había sido el gobernador que juró en nombre de “Evita montonera” y “Cristo revolucionario”. Así las cosas, de esa *cosa* que llamamos política.

Política y cultura

Hablamos de una idea de la política entrecruzada con lo social y la cultura. La compartimentación disciplinar y los cortes tajantes entre las diferentes dimensiones del pensamiento y la realidad, creemos, anulan más de lo que habilitan en la reflexión. Así como pusimos en interrogación esos pares dicotómicos sobre los cuales giró el debate respecto al peronismo, es decir, heteronomía/autonomía, tradicional/moderno, racionalidad/irracionalidad, pre político/político; pensando hasta qué punto la división es tal, si no hay más que artificiosidad conceptual en la formulación de *tipos ideales* que no terminan de cuajar en el barro de la realidad local; entreviendo que los pares están más implicados entre sí de lo que se excluyen mutuamente; ahora, y en otro plano, vemos *urgente* la superación de otras viejas dicotomías, como la de política vs. cultura y la de política vs. lo social.

Por supuesto, esto no es nuevo ni sólo nuestro. Laclau define la política como el momento de “institución de lo social” (*Ibíd.*, p. 150). Fanon en una definición que nos interesa retener habla de la cultura como lucha, combate y acción de un pueblo “por la liberación de la nación”. “La cultura nacional – escribe – cobra cuerpo y consistencia en el curso de esos combates” (*Los condenados de la tierra*, p. 214). Es decir, la cultura como política. El esfuerzo hecho en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se va constituyendo. En el también lejano *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia* (1968) del “fanoniano” Roberto Carri, la cultura popular es esa matriz de la que surge una política nacionalista y revolucionaria, que otorga a la rebeldía popular una fisonomía política propia, no apta para el formalismo científico y civilizado de los sociólogos contemporáneos acostumbrados a sólo ver la política en los partidos y la ideología en sus programas.

Pensada así, la relación entre política y cultura contiene aspectos por demás de sugerentes para seguir “aprehendiendo” este “objeto” esquivo que es el peronismo. A la dimensión historicista del hecho peronismo, singular, propia de la historia política argentina, que afirmamos en el apartado anterior, agregamos ahora la dimensión cultural singular que también expresa el peronismo como tal. Y haciendo la abstracción correspondiente, sumamos a la idea del populismo como una *lógica de la política*, la de ser una manifestación de la singularidad histórica y cultural que nace de los rasgos que hacen a cada comunidad.

¿Pero a qué aspectos de la cultura nos referimos cuando hablamos de su implicación con la política? Recurramos a María Pía López: a “la pregunta sobre los modos de intervenir sobre el lenguaje, las representaciones, los modos de comprender lo social” (*Notas sobre Gramsci, sobre la guerra y sobre la política*, en “La escena contemporánea”, octubre de 1999, p. 57). Al concepto de que hay dominio, poder, lucha política y violencia en el lenguaje, en el discurso, en el sentido común y en la representación. ¿O acaso el discurso no es motivo de disputas que son políticas? ¿Y las luchas por las formas de enunciación? ¿O la retórica como arma y lugar de la política, desde Cicerón y Quintiliano hasta Perón, por cerrar con el nombre que hoy nos convoca? ¿O -volviendo a Laclau- la construcción de hegemonía política que habilita el *significante*?

Pensemos ahora en el peronismo. Es un mundo poblado, diríamos más, constituido alrededor de discursividades, retóricas, significantes, lenguajes y representaciones. La palabra de Perón desde el balcón de la Casa Rosada en los llamados “Cabildos Abiertos” que baja hacia la multitud convocada y le permite ser *pueblo*. La reapropiación de los peyorativos “cabezitas negras” y “descamizados”, lanzados por la furia antiperonista, por el discurso de Evita y su transfiguración en identidad política popular.

En fin: el peronismo (y acá otra definición) es una *cultura política* argentina. ¡Ojo acá! *Una* y no *la* cultura política argentina. La más masiva sin dudas, por su procedencia popular. Pero una entre muchas otras. Y al interior de esta afirmación (otro elemento que da lugar a aquella afirmación sobre el peronismo “como el punto más alto de la política argentina”), decimos: el peronismo es la lengua más importante de la política nacional.

El *lenguaje de la guerra* de Perón, con su terminología plagada de “conducción”, “táctica”, “estrategia”, “economía de fuerza” y “orgánico”, irrumpió de los cuarteles a la política para quedarse hasta nuestros días, y no sólo en el movimiento político que llevará su nombre, también se desparramará hacia todas las tradiciones de la vida política argentina, constituyendo, sino la más importante, una de las más relevantes lenguas del vocabulario de la política nacional.

Política y nombre

Como sostiene Laclau el *nombre* conforma el fundamento de la cosa. El acto de nombrar produce retroactivamente al objeto. Al afirmar la autonomía del significante (del nombre) arriba a la siguiente premisa: “la identidad y unidad del objeto son resultado de la propia operación de nominación” (*op. cit.*, p. 135). Trasladado a la cuestión de las identidades populares, no queda otra cosa que pensar el papel performativo del nombre sobre estas. Es decir, la “nominación” conforma ese momento cualitativamente nuevo que permite el pasaje, a través del lazo equivalencial, de las *demandas democráticas* a las *demandas populares*, alcanzando esa *falsa/parcial* totalidad que constituye nada menos que al “pueblo” en actor político del proceso histórico.

Dijimos, es el nombre lo que da unidad e identidad al pueblo. El ejemplo está al alcance de la mano. El nombre de Perón es el nombre que llevaría el movimiento político que ha de liderar: el *peronismo*. Y acá se introduce otro aspecto que nos interesa retener: de la mano del nombre aparece el líder, o sea, a la díada *política/nombre*, o mejor, *pueblo/nombre*, sumamos la idea de líder, que nos lleva necesariamente a redefinir la relación en una tríada compuesta de *pueblo/nombre/líder*.

En consecuencia, y anticipando la apreciación, el resultado no puede ser otro que agregar a la figura del líder la condición performativa y constitutiva respecto a la identidad popular que habíamos atribuido a la nominación. Según Laclau, un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos unidos por un nombre conforma una *singularidad*, cuya forma extrema es la *individualidad*. De esta manera “la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder” (*Íbid.*, p.130).

¿Pero cómo pensar esta relación entre el *líder* y el *pueblo*? Por supuesto, descartamos de plano aquellos enfoques que reducen la reflexión a la dimensión subjetiva del líder a través de categorías como “manipulación”, “cinismo” o “narcisismo”, porque, creemos, nada dicen sobre ese *ida y vuelta* fundante en la relación líder/pueblo.

En su lectura crítica sobre Freud y su *Psicología de las masas y análisis del yo*, Laclau dice cosas que nos interesan: primero, el líder es *primus inter pares*; que el vínculo entre ambos se establece a partir de algún rasgo positivo compartido por el líder y los liderados; al participar de “la sustancia misma de la comunidad que hace posible la identificación, su identidad está dividida: él es padre, pero también es uno de los hermanos” (*Íbid.*, p. 84); a su vez, al basarse su derecho a dirigir en el reconocimiento

de un rasgo común que comparte con todos los miembros del grupo, “el líder es, en gran medida, responsable ante la comunidad” (*Ídem.*).

Y con esto arribamos al punto que nos interesa para ir cerrando este trabajo: al momento de mayor potencialidad de la política. Es decir, el de la constitución de la multitud organizada, de la voluntad colectiva, del príncipe moderno. El momento del “pueblo”, según Laclau, no como *dato* de la estructura social sino como categoría *política*. Como sujeto histórico, como “acto de institución que crea un nuevo actor a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos” (*Íbid.*, p. 278).

La referencia al ejército que hace Freud para ejemplificar en una institución de la sociedad la relación entre el grupo y el líder no es ingenua. Como sostiene Pía López, la imagen del ejército como emergencia más notoria de la multitud organizada, es la imagen soñada de toda política transformadora. El hombre disperso hecho grupo, el sentimiento y la conciencia, la identidad común, la estrategia política y el comandante en jefe.

En fin, la tríada *pueblo/nombre/líder* es la política en su mayor expresión de radicalidad. Es la *pre política* como la “real” política. Esa que aparece cuando, como bien dice Eduardo Rinesi, los sujetos sociales *irrumper* en el espacio público. Cuando *trastocan* su propia identidad, y no se presentan como parte de los grupos a los que pertenecen, en función exclusiva de sus intereses particulares específicos, sino como parte de un sujeto político llamado “pueblo”. Nombre que les otorga esa suerte de *plus* que se posa *por sobre* su pura y desnuda identidad de clase y los *desvía* de ella para volverlos “otra cosa”. *Ese desvío es exactamente la política* (“Prólogo”, al libro de Gabriel Lerman, *La plaza política*, 2005, p. 12).

Bibliografía

CARRI, Roberto: "Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia". Colihue, Bs. As. 2001.

DE ÍPOLA, Emilio: "Metáforas de la política". Homo Sapiens, Rosario, 2001.

FANON, Franz: "Los condenados de la tierra". Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1994.

GERMANI, Gino: "Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas". Paidós, Bs. As., 1962.

LACLAU, Ernesto: "Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo". Siglo XXI, Madrid, 1986.

LACLAU, Ernesto: "La razón populista". Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2005.

LERMAN, Gabriel: "La plaza política". Colihue, Bs. As. 2005.

LOPEZ, María Pía: "Notas sobre Gramsci, sobre la política y sobre la guerra". En La Escena Contemporánea N° 3, Bs. As., Octubre 1999.

MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos: "Estudio sobre los orígenes del peronismo". Siglo XXI, Bs. As., 1972.

PEÑA, Milcíades: "Masas, Caudillos y Elites". Fichas, Bs. As., 1971.

RAMOS, Jorge Abelardo: "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina", Plus Ultra, Bs. As., 1965. Tomo II.

RINESI, Eduardo: "Política y tragedia: Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes". Colihue, Bs. As., 2003.

VIÑAS, Ismael: "Sindicatos 1968: los límites del reformismo". En Revista de Problemas del Tercer Mundo N° 2, Bs. As., Diciembre, 1968.